

Sábado XXXII del TO
Ciclo A



18 de noviembre de 2023

Sab 18, 14-16;19, 6-9

Sal 104

Lc 18, 1-8

P. Eduardo Suanzes, msp

Estamos casi al final del Libro de la Sabiduría que hemos seguido durante esta semana, y en esta parte final el autor, con un nivel poético muy subido, analiza la historia y emite el juicio de Dios; pero todo, insistimos, desde un punto de vista poético.

En este texto se está describiendo, en la primera parte, la noche en que fue liberado Israel de la esclavitud con el exterminio de los primogénitos de Egipto y sugiere que la Palabra de Dios es un guerrero extraordinario, es una figura impresionante, que se agiganta tocando a la vez el cielo y la tierra: es el poder divino que trasciende todo lo creado. Es la noche pascual descrita desde la poesía.

Después saltamos al otro episodio de la liberación de Egipto en donde los egipcios son totalmente exterminados gracias a la metamorfosis de la creación. El mar es el instrumento del que Dios, supremo juez, se vale para ejecutar la sentencia. Se efectúa una nueva creación que no obedece las leyes de la naturaleza para realizar la salvación definitiva por un Dios que es ante todo, salvador y protector. Se despejan las olas impetuosas y crean unas verdes llanuras. Es una nueva forma de ser y de actuar de la creación: la realidad se configura de manera distinta para el ser humano que ha sido liberado¹. Lo que se está diciendo aquí es que «el hombre, por su condición terrena, está ligado a las leyes cósmicas, pero sólo con la sabiduría logra superarlas; en efecto, la sabiduría creadora puede transmutar esas leyes y así llevar al hombre a la inmortalidad»².

Estos episodios que en el Libro de la Sabiduría se refieren a la historia pasada de Israel describen además una realidad teológica que se proyecta hacia el futuro a un nivel escatológico pero que tienen, en el seguidor de Jesús, un impacto esencial, pues se dan en él a nivel espiritual. Porque es la Palabra de Dios, Jesús, quien como espada implacable de doble filo penetra en la noche de nuestra existencia, en esos sótanos oscuros de nuestra alma, abriéndola de par en par, exterminando nuestras cárceles y cadenas. Esa Palabra toca el cielo y la tierra porque en sí mismo es Dios y hombre.

Y es cuando, al aceptar la liberación, en nuestro ser más profundo se produce la nueva creación: no destruye quienes somos, pero crea en nosotros, por la gracia (= vida de Dios

¹ Cfr. JOSÉ VILCHEZ. *Sabiduría*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1990

² LUIS ALONSO SCHÖKEL. *Biblia del Peregrino IIb. Verso. Edición de Estudio*. Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra), 1993

en nosotros), una nueva naturaleza, una nueva forma de ser al verse impulsado ahora el ser humano por el Espíritu Santo. El poder del mal ya no prevalece y las olas impetuosas de las tormentas de nuestra vida se echan para atrás. La liberación se culmina con la Efusión del Espíritu de Dios sobre el creyente.

En el Evangelio, estamos ante una parábola que puede inducir a engaño³, por cuanto, en una lectura literal de la misma, se equipararía a Dios con un juez «*al que no le importan los hombres*», y al que parece que hay que "conquistar" a fuerza de insistencia, hasta que, por hartazgo, se decide a intervenir. Si seguimos por este camino de interpretación, propio de una mentalidad que concibe a dios como un tótem mágico, crearemos entonces que podemos cambiar el actuar de Dios con nuestra oración. Un dios impasible que ve la injusticia sin hacer nada y que solo actúa cuando oramos mucho pidiéndola, más por cansancio que por otra cosa.

Esta idea de dios se ha grabado extensamente en el imaginario colectivo, y ha sido alimentada por muchas predicaciones y teologías. La imagen de dios como "señor todopoderoso", ególatra y celoso, juez impasible y castigador, ha dominado no pocas conciencias que han crecido bajo el peso de la culpa y del temor. Es increíble la cantidad de gente buena que viene a confesarse y teme ir al infierno por haber hecho esta o esta otra tontería: ¡y te lo preguntan con angustia!

Pues bien, frente a tales imágenes divinas, es necesario rebelarse con contundencia: un tal dios no es digno de fe. No se puede creer en un dios que sería peor que nosotros: insensible ante la necesidad humana y capaz de condenar a alguien por toda la eternidad.

Un tal dios es solo un invento de la mente, sostenido por el miedo y la debilidad humana, que ha creído esos mensajes culpabilizadores como provenientes de la misma divinidad (y, por tanto, "palabra de Dios").

Esta parábola solo puede entenderse adecuadamente si la leemos como una parábola de contraste. Es decir, la imagen del juez, «*que no temía a Dios ni respetaba a los hombres*» sería justo lo opuesto al comportamiento de Dios. De modo que, si hasta un juez inhumano es capaz de ceder ante la petición de la mujer, cuánto más Dios –que es todo lo opuesto– estará siempre a nuestro favor, incluso ***aunque no le pidamos nada.***

Con esta clave, la parábola puede ser asumida desde la perspectiva de Jesús, que anunciaba a Dios como Gracia y Compasión.

Además hay otro punto de vista que tenemos que ver en la parábola⁴. Si observamos el contenido del relato y la conclusión del mismo Jesús, vemos que la clave de la parábola es ***la sed de justicia.*** Hasta ***cuatro veces*** se repite la expresión «*hacer justicia*». Fijémonos en los personajes para meternos en la mentalidad de lo que está diciendo Jesús y lo que sus discípulos están entendiendo.

³ Cfr. ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO. *El Dios pensado, el Dios hallado*. En www.feadulta.com

⁴ JOSÉ ANTONIO PAGOLA. *¿Seguimos creyendo en la justicia?*. En www.feadulta.com

El primer personaje de la parábola es un juez que «*ni teme a Dios ni le importan los hombres*». Esta frase se repite por dos veces (luego tiene su importancia en el relato): es el distintivo de este juez. Un personaje que no tiene más referencia que sí mismo; el centro de gravedad de su vida ni es Dios ni los hombres, sólo él mismo. Es la encarnación exacta de la corrupción que denuncian repetidamente los profetas: los poderosos no temen la justicia de Dios y no respetan la dignidad ni los derechos de los pobres. No son casos aislados. Los profetas denuncian la corrupción del sistema judicial en Israel y la estructura machista de aquella sociedad patriarcal. Por tanto es un juez que no hace las veces de juez pues es incapaz de mirar al ser humano: es lo contrario de lo que está llamado a ser: un ser alienado

Fíjense en la descripción del segundo personaje. Es una mujer. Podría Jesús haber elegido a un hombre ¿Por qué elige a una mujer? Porque la mujer es una *donnadie* en la cultura judía, sin poder de decisión ni de transformar nada; es una última frente a un juez. Está perdida: no tendrá ninguna posibilidad ante él. Si fuera hombre el personaje tendría posibilidades. La mujer, no. Además es viuda (lo que da la imagen de persona mayor, débil, aunque el relato no dice nada al respecto). Al ser viuda no tiene a nadie que la defienda: ni marido, ni hijo (porque no aparece en el relato). Está indefensa en la vida. Por tanto, doblemente perdida ante el juez. Por una parte, vive sufriendo los atropellos de un «*adversario*» (un hombre) más poderoso que ella; por otra, es víctima de un juez (otro hombre) al que no le importa en absoluto su persona ni su sufrimiento. Así viven millones de mujeres de todos los tiempos en la mayoría de los pueblos. Es la imagen por antonomasia del ser perdido e indefenso.

Como el juez es exactamente lo contrario de lo que Dios es, en la conclusión de la parábola, Jesús pide confianza en la justicia de Dios: « *¿No hará Dios justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?*». Estos elegidos no son "los miembros de la Iglesia" sino los pobres de todos los pueblos que claman pidiendo justicia. De ellos es el reino de Dios.

Luego, Jesús hace una pregunta que es todo un desafío para sus discípulos: «*Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?*». No está pensando en la fe como adhesión doctrinal, sino en ***la fe que alienta la actuación de la viuda***, modelo de constancia y tenacidad frente a las situaciones adversas.